

Durante mucho tiempo España ha estado sin hacer una política exterior, sin afrontar el contorno político con voluntad resuelta de imponer el propio ser.

Hablo de España, de la tónica en ella dominante, no de las excepciones, que las hubo notorias y excelentes. Salvadas éstas, podría decirse que la suprema aspiración de las fuerzas políticas rectoras parecía ser la de aislarnos del mundo y sus conflictos, hacer como si no existieran para nosotros ni nosotros para ellos.

Pero la realidad no se la suprime porque se la ignore y la política de la cabeza bajo el ala no gana ni en decoro ni en inteligencia porque la practique un pueblo. La Historia se hace o se padece; no hay más opción.

No es este sitio para filiar en detalle la génesis y desarrollo de aquella actitud. Sumariamente y sin gran rigor cabe señalar el cuarto de siglo que va del 1898 al 1923 como su época de madurez. Durante esa época la clase política directora no cree en España, no le encuentra el pulso y niega que lo tenga. En nobles figuras esa falta de fe es pesimismo amargo que a ve-

* Estas páginas constituyen el prólogo al libro de José María de Areilza y Fernando María Castiella, *Reivindicaciones de España*, que publicará en breve el Instituto de Estudios Políticos.

ces no exime de sentir el deber; en los más la falta de fe se traduce en cobardía y frivolidad. Durante ese tiempo no hay valor o constancia para formar la opinión pública y hacerla mirar cara a cara los problemas y las necesidades internacionales de España. La empresa exterior, tan elemental y necesaria, que España realiza en ese tiempo, la de nuestra afirmación política y cultural en el Norte Africano, hubo de hacerse en medio de la frialdad y hostilidad de gran parte de la opinión española. Cuantas veces la acción marroquí pasó por momentos de gravedad o de crisis reaccionó virilmente el pueblo español. Pero esa reacción sentimental e instintiva no encontraba después razones de que mantenerse, porque, habiendo tantas, apenas se le daba ninguna.

Dicho se está que si la opinión arrastraba esta atonía, es que no fallaba sólo la clase política, sino en parte también la de los que tienen por misión forjar y poner en circulación ideas fecundas y eficaces para la sociedad en que viven: por emplear la expresión entonces en auge: los intelectuales.

Hay en muchos de los pensadores que influyen en esa época zonas de luz y de sombra tan entreveradas que resulta difícil su discernimiento. Y éste habrá que hacerlo y con el mayor cuidado para salvar de su herencia lo mucho que tiene de valioso para nuestra propia formación.

En el pensamiento español de entonces aparece la misma actitud que hemos denunciado en la política: la de recogerse hacia una obra interna, renunciando a toda empresa exterior. Pero aquí hace falta en el análisis todo el cuidado que acabamos de indicar. Fórmulas al parecer análogas son, en el fondo, radicalmente

opuestas. Así, la posición de Ganivet, precursor de tantas cosas actuales, es impecable. Nos invita, agustinianamente, a volver a nosotros mismos: *noli foras ire... in interiore Hispania habitat veritas*. Mas, si pide que hagamos eso es para que encontremos nuestro auténtico ser y no nos dejemos imponer el que se nos quiera entrometer desde fuera. Este ser nuestro ha de nutrirse de nuestras raíces históricas, de nuestra tradición. "Cuanto en España se construya con carácter nacional debe estar sustentado por los pilares de la tradición. Eso es lo lógico y eso es lo noble."

Y ese ser de España así determinado nos fuerza a proyectarnos hacia fuera. La invitación a volver a nosotros mismos no significa querer que nos dejemos de empresas exteriores, ni siquiera que no nos metamos en "libros de caballería". Todo lo contrario: "el destino de España es hacer salidas como Don Quijote y querer que no salga es querer que muera". Ganivet tuvo una visión grandiosa del porvenir español en el continente africano y proclamó que el español era el único pueblo europeo que podía elevar al Africa y ello por vía original muy superior a los métodos usuales de conquista y colonización.

También Joaquín Costa propugnó, en años de aliento, por una fuerte política naval y de afirmación en el norte de Africa, de exploraciones y colonización. La amargura del desastre del 98 quebró su temple. Y fué entonces su triste fórmula de la doble llave al sepulcro del Cid.

Otros hubo en posición displicente o desentendida. Otros en quienes faltó gravemente el sentido de la misión hispánica y hasta el de las mínimas condiciones de su existencia. Es doloroso recordar que la voz más

ardiente de aquellas generaciones lanzaba como escarnio contra Alfonso XIII el epíteto de "El Africano" o quería degradar a "victorieta" la toma de Alhucemas y la pacificación de Marruecos.

Quedaban, por último, los que ya se confundían con la sombría zona de que pasamos a hablar. Pues si este era el temple de la política rectora y el de la inteligencia, aún quedaba un sector peor, los grupos siniestros, de influjo creciente, que se oponían sistemáticamente a cuanto fuera afirmación española. Marxistas, republicanos, separatistas, todos coincidían bajo el mismo rasero: abandonismo de toda empresa exterior. Ellos sí que tuvieron la tenacidad que a otros faltaba. La campaña abandonista fué tan hábil y perseverante que llegó a infiltrarse en zonas de la sociedad española que siempre hubieran debido serle inasequibles. No retrocedieron ante ningún medio para desmoralizar la opinión, fraguar sediciones, ayudar al enemigo. En fin de cuentas, eran agentes de este último. Sus campañas estaban dirigidas y subvencionadas desde fuera. Para estos agentes del extranjero cualquier país tenía derecho a ambiciones imperiales. Sólo España no tenía derecho, ¿qué digo al Imperio?, ni a la misma existencia.

Ese espíritu abandonista es el que tras el paréntesis de la Dictadura del general Primo de Rivera triunfa con la república española. Pese a la ilusión colectiva —la alegría del 14 de abril, de que hablaba José Antonio—, pese a buenas intenciones y ensayos conciliatorios de colaboración, la república española reveló pronto que su radical e irremediable sentido histórico era el abandono, la abdicación de la unidad y el ser de España.

Así, España se vió llevada ante la prueba suprema.

que hubo de afrontar, al borde ya del abismo, alzándose el 18 de julio de 1936. En esa prueba se pusieron de manifiesto dos fenómenos de alcance excepcional. El primero, el positivo, el glorioso, fué la explosión vibrante de energías y virtudes, los tesoros de fe, de heroísmo, de iniciativa, de capacidad creadora que el Movimiento Nacional alumbró. El otro aspecto es el negativo, el bochornoso, mas no podemos olvidarlo, ni disminuir su importancia, porque su misma magnitud contribuye también a dar la medida de la grandeza positiva de nuestro Movimiento. En todo país ha habido siempre derrotistas, traidores, grupos insolidarios con el destino nacional, pero acaso en ninguna parte tuvieron esos grupos el volumen, el radicalismo y desfreno que últimamente en España.

La verdad es que el diagnóstico estaba dado antes del estallido de la crisis; Ramiro de Maeztu había definido el mal en toda su magnitud: crá la anti-Patria. "España es una encina medio sofocada por la yedra; la yedra es tan frondosa y se ve la encina tan arrugada y encogida que a ratos parece que el ser de España está en la trepadora y no en el árbol".

En la belleza poética de estas palabras se encierra una profunda verdad histórica, una visión penetrante y realísima de la situación en que estaba España. "A ratos parece que el ser de España está en la trepadora..." ¡A él mismo le pareció muchos años! Pero él no se aquietó en la confusión. Su alma titánica no descansó nunca, ni nunca rehuyó un dolor, en la afanosa busca de la verdad de España. Y habiéndola alcanzado al fin, la amó hasta el final.

A sabiendas o no, genialmente en todo caso, Ramiro

de Maeztu trasfiere al ser de España una imagen poética de Quevedo.

*“Si es abrigo o prisión no determina
la vista que al frondoso halago atiende;
el tronco sólo si es favor entiende
o cárcel que le esconde y que le inclina.”*

Porque la encina y la yedra estaban confundidas hubo tanta confusión de luz y sombra en el pensamiento y en tantas otras esferas de la vida española de entonces. Porque la encina estaba oculta y sofocada por la yedra lograron los grupos siniestros imponerse transitoriamente a tanto español desorientado. Cuando se arrancó la planta parásita con un esfuerzo desgarrador, que costó la vida a los mejores, lo más valioso del pensamiento español reconoció el ser de España en la encina milenaria.

Esta verdad rescatada hay que servirla apasionadamente, con toda el alma. Que nunca se nos pueda volver a ocultar o arrebatarse. El pensamiento español ha de entregarse por entero, es decir, no como mero ejercicio intelectual, sino como pensamiento vivo, al Destino de España.

La generación de Falange ha sido la primera que como tal generación lo ha hecho así. Este es su mérito en la historia de la España contemporánea. Los grupos originarios de Falange se han formado en la herencia de las generaciones críticas que les preceden. Pero por primera vez la crítica implacable de la realidad española y la actitud revolucionaria van unidas a una fe sin desmayo en el Destino de la Patria, a una íntegra y resuelta voluntad de resurgimiento, a un

amor inexhausto a la esencia de España. José Antonio condensó lapidariamente esta actitud: "Amamos a España porque no nos gusta".

Y este libro es un fruto logrado de aquella manera de ser. No vacilo en afirmar que marcará una etapa en nuestros estudios de política exterior y que aun para especializados constituirá una sorpresa por la riqueza de sus conocimientos y la luz de su exposición. Con sorpresa, alegría y sonrojo descubrirán muchos lectores de cuánto esfuerzo hemos sido capaces, aun en épocas de postración, de cuánta ocasión quedó fallida y cuánto sacrificio esterilizado. Esto último es lo que no se volverá a repetir porque España ha reconquistado su voluntad de historia, y cuando un pueblo posee voluntad de ser y de poder y está unido ante sus objetivos y sus peligros ya tiene lo esencial para una política exterior. O dicho a secas: una política. Pero hay la obligación de fortalecer esa voluntad, de impedir que desmaye, de darle saber y conciencia, razones y norte.

Hay que empezar, pues, por darle información; hacerle ver sus intereses reales, las posiciones a que tiene título, las experiencias de su pasado, las perspectivas de su futuro, las metas asequibles y valiosas. Esta labor es la que se propone y desarrolla, de forma excelente, el presente libro.

Hay, además, que estar en claro acerca de la disposición del mundo histórico actual. La vida colectiva es —en esto como la individual— estancia en un mundo sobre el que hay que actuar y que actúa a su vez sobre nosotros. En tiempos pasados —y no muy remotos— el mundo que contaba para la política exterior era más reducido. Bastaba atender a la disposi-

ción de ciertas constelaciones cercanas de fuerzas. Hoy la Historia es auténticamente universal. La tierra, como campo del acontecer histórico, forma ya un sistema. Y no sólo esto. Nos hallamos ante una gran divisoria de las aguas históricas. Asomamos a una nueva vertiente de su curso. Ha cambiado el paisaje y su escala. Basta recordar algunos hechos elementales: los imperios que se formaron en el pasado con medios no más rápidos que el caballo y la vela y lo que son los medios actuales de comunicación y transporte; la densidad de la actual población europea, la complejidad y trabazón de su vida industrial, económica, etc., y su tremenda vulnerabilidad ante los medios de ataque y destrucción que hoy existen.

Europa se ha angostado y apretado indeciblemente. Todavía hace medio siglo, un político genial y realista pudo preguntar: *who is Europe?*, y significaba con ello que políticamente Europa no era una realidad. Hoy la pregunta tomaría un tono angustioso y este otro sentido: o Europa logra su coordinación política o perderá su posición mundial. Hace pocos años un escritor francés que percibía claramente que Europa estaba transportada a un espacio más complejo y sometida a relaciones nuevas ante las cuales fallaban los cálculos tradicionales, anunciaba: *l'Europe n'aura pas eu la politique de sa pensée*. Por lo que respecta a la política de Francia e Inglaterra, ya ha tenido razón. Desde mediados del siglo xvii esa política se cifró en la noción del "equilibrio europeo", de la "balanza de las potencias", que ya en su misma vestidura verbal traiciona la concepción mecanicista que le sirve de fundamento. Ella destrozó en lo político la visión de la Cristiandad unida que había sustentado España en sus

tiempos mejores. Ella había de impedir por mucho tiempo—hasta nuestros días—que fuera viable un principio de superior solidaridad europea en una empresa común permanente. Ella y la ceguera ante la vitalidad de nuevas formas históricas han desencadenado la guerra actual. Pero ese principio de “equilibrio” europeo está ya derrotado antes de que la guerra termine, y sus defensores tradicionales no luchan ya por él, aunque otra cosa diga su propaganda. La guerra, en su aspecto económico, es la lucha del Imperio británico contra Europa. El Imperio inglés confía en su dominio de rutas marinas y en sus inmensas reservas de materias primas en tierras lejanas. Materias cuyo más noble empleo sería venir a las manos laboriosas de esta Europa que inventó las formas de hacerlas rendir. Por eso, pasa por que la metralla azote las populosas ciudades inglesas. En rigor, los intereses del Imperio británico y de la *Old merry England* no coinciden ya, porque la vieja Inglaterra sigue estando, y no sólo geográficamente, en Europa. Los directores de la política del Imperio inglés pueden hablar de que en caso preciso harían la guerra desde el Canadá. Pero los cuarenta y cinco millones de seres humanos que se apiñan en las islas británicas no les podrán seguir.

Yo no he de hacer pronósticos. Es de sobra patente que entre luchas y crisis tremendas se avecina una vasta reorganización mundial en que España ha de afrontar situaciones de gravedad decisiva. Prevalecerá, en definitiva, el tipo humano que lo merezca. La disyuntiva es ser superiores o perecer. La altura de los tiempos nos exige—nada menos—que seamos como aquellos antepasados nuestros, que supieron mandar

por la ejemplaridad de sus virtudes y de su ánimo esforzado.

La Idea que España representa en la Historia puede dar aún sus mejores creaciones. Lograrlo es nuestra misión arriesgada, común con Portugal—noble compañero de las altas empresas—y con los pueblos de América, briosos de esperanzas y aun con otros muchos “vigores dispersos” por los ámbitos del mundo.

Esta es la misión. Quien se doblegue ante su pesadumbre o retroceda ante sus peligros no tiene el temple hispánico. Ella palpita en nuestra raza, en el brote lozano de sus nuevas generaciones aquí y más allá de todos los mares. Una tras otra, esas generaciones se eruirán entre dolores y glorias para dar cima gozosa a nuestra unidad de destino en lo universal.

ALFONSO GARCÍA VALDECASAS.